

José Fernando Ramírez

*Obras históricas*  
*Tomo II. Época colonial*

Ernesto de la Torre Villar  
(edición y advertencia al tomo segundo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Humanidades  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

296 p.

(Nueva Biblioteca Mexicana, 137)

ISBN 968-36-7805-X (Obra completa)

ISBN 968-36-6953-0 (Tomo II: edición rústica)

ISBN 968-36-7821-1 (Tomo II: edición pasta dura)

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de mayo de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_historicas/ramirez02.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_historicas/ramirez02.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

NOTAS Y ESCLARECIMIENTO A LA *HISTORIA DE LA  
CONQUISTA DE MÉXICO* DEL SEÑOR W. PRESCOTT



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## NOTA INTRODUCTORIA

Los grandes historiadores mexicanos del siglo XIX, Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez, no hicieron una historia provinciana limitada a su propia parroquia, sino que tuvieron una propensión al universalismo, a insertar el cultivo de la historia mexicana dentro de la universal, a incorporar al desarrollo de la historia general del mundo, la propia historia. Hombres de vasta cultura, conocedores de la historia universal, conocieron a los más importantes cultores del pensamiento y la labor histórica. Estuvieron pendientes de las mejores producciones y principalmente de las de aquellos autores que por muy diversas razones se ocuparon de la historia americana y muy especialmente de la de México.

La producción externa, realizada con pensamientos novedosos y renovadores les fue conocida y supieron apreciarla. Conscientes de que la colaboración con bibliógrafos, historiadores, coleccionistas y ensayistas les era provechosa, no dudaron, como también lo hicieron con enorme provecho, los hombres de letras del siglo XVIII y también los del XIX; recuérdense los casos de Mayans y Siscar, de Marcelino Menéndez y Pelayo, y luego de Ricardo Palma y José María Vigil. Don Joaquín conoció, estimó su saber, supo aprovechar para labrar su prodigiosa obra bibliográfica, el auxilio de especialistas, españoles, ingleses y norteamericanos. Ramírez admiró la obra de William Prescott, por entonces uno de los más afamados historiógrafos americanistas.

El conocimiento que José Fernando tuvo de la labor historiográfica de William Prescott, la admiración que le despertaron las historias acerca del reinado de los reyes católicos, de Carlos V y las historias de la conquista del Perú y de la de México, fundadas en recia información documental, en el uso minucioso y certero de las fuentes, en amplias concepciones universalistas, hizo a Ramírez admirar su alto valor, comprender que la obra de su contemporáneo de Salem era obra valedera, recia y ejemplar. Sin embargo de esta apreciación no estimó que la *Historia de la conquista de México* fuera el *non plus*, la obra que había que acatar, que dar por inigualable, como definitiva, sino que contenía apreciaciones y fallas, muy explicables en toda humana obra, pero que había que corregir, que esclarecer; algunas fallas que en torno del encuentro de dos civilizaciones diferentes, con instituciones, sociedades y hombres mostraba la historia de Prescott.

Había que precisar errores de interpretación, desconocimiento de fuentes primordiales para el entendimiento de los personajes, principalmente muchas de procedencia indígena, muy lejanas y desconocidas por el norteamericano, y también, que según el criterio de Ramírez constituía un error fundamental, la excesiva admiración que mostraba en torno del actor principal de la conquista, Hernán Cortés. Estima que la sincera admiración por Cortés, desequilibra la visión imparcial que todo historiador debe tener frente a un choque de cultura, de personajes tan salientes.

La lectura cuidadosa de la *Historia* de William Hickling Prescott hizo que el duranguense apreciara su gran valor, pero también algunos errores que, advertía, dañaban la ecuanimidad de la obra, que contrariaban la verdad histórica, las apreciaciones que debían ser mejor fundadas. El conocimiento que Ramírez tenía de nuestra historia, el perfecto manejo de las fuentes, y sobre todo la idea de que la historia mexicana debía ser manejada con certitud, pulcritud y delicado esmero, para no alterar la verdad histórica, le llevó a elaborar las *Notas y esclarecimiento* que daría a luz en los años 1844-45.

Estas notas y esclarecimientos forman un análisis crítico, de gran altura, que no una invectiva al recio trabajo de Prescott. En estas notas ensalza el mérito de la obra: conocimiento, empleo de las fuentes, recio análisis de instituciones, personajes, acciones, amplitud de criterio, dominio de la historia general de la época, esto es, de todos los elementos que la configuraban y estima que significa un macizo avance en el conocimiento de nuestra historia, que es aporte fundamental. Al lado de esas bondades y en forma respetuosa como debe ser todo debate crítico-ideológico, revela las faltas auténticas en que incurre el norteamericano. En diversos lugares señala los errores que según él cometió Prescott, muestra objetivamente la carencia de fuentes, los pareceres apresurados o equívocos, apreciaciones apasionadas o infundadas. Estas notas no son una diatriba incendiaria, sino un alegato escrito con admiración y respeto en el que se advierte la inteligencia crítica de su autor, el respeto que tiene hacia posiciones encontradas y su enérgico deseo de atenerse lo más posible hacia lo que supone debe ser la verdad histórica.

Las menciones que hace de las fuentes utilizadas por Prescott (amplias series documentales y bibliográficas); la apoyatura utilizada para elaborar una obra con validez universalista, la honestidad en el uso e interpretación de los testimonios, confieren a estas *Notas y esclarecimiento* un alto valor, una dignidad en la argumentación que nos dan idea de un diálogo, de una conversación entre dos figuras señeras de la historia.

Ramírez utiliza para afirmar sus opiniones un sólido arsenal documental y bibliográfico que maneja fluidamente, con aplomo y perfecto conocimiento. Escritas estas notas con galanura, en prosa clara, sugerente, son una bella pieza literaria, producida por un hombre que sabía manejar la pluma, tanto en sus textos jurídicos como en los literarios. Lo que sigue es la "Introducción" de estas *Notas y esclarecimiento*.

E.T.V.



## NOTAS Y ESCLARECIMIENTO

Vere igitur pronuntiandum est,  
nihil hoc opere perfectius.  
Macrobio, *In somnium scipionis*.

### INTRODUCCIÓN

En el breve periodo que separa el año 1770 del [de] 1780, cinco escritores, tres de ellos mexicanos, llenaban sus horas de ocio, o de amargura, con el recuerdo de los grandes sucesos acaecidos en nuestro país. Veytia, digno discípulo del infortunado Boturini, remontándose hasta la cuna misteriosa de las primeras generaciones que poblaron nuestro territorio, escribía en Puebla la *Historia antigua de México*; obra la más completa que poseemos en este ramo, por su método y por el buen gusto en la elección de sus noticias. W. Robertson, abarcando una empresa proporcionada a su genio, nos daba en Edimburgo la hilación del pensamiento concebido por Veytia, emprendiendo, en su *Historia de la América* la defensa de las tribus indígenas subyugadas por el poder europeo en toda la vasta extensión del nuevo continente. El perseguido Clavijero escribía en Bolonia “en medio de las mayores tribulaciones, por servir a su patria y divertir el ocio desabrido del destierro”, como decía él mismo a Veytia, escribía, digo, su excelente *Historia antigua de México y de su conquista*, resumiendo en un brillante y animado cuadro el asunto que los otros dos habían tratado separadamente. El padre Cavo, otro jesuita mexicano también expulso, entretenía sus pesadumbres en Roma recopilando la interesante colección de noticias que forman la historia de los *Tres siglos de México durante el gobierno español*; con cuya obra y el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*, que hacia la misma época coordinaba en Madrid don Antonio de Alcedo, podemos decir que ya teníamos completo un curso de historia universal americana; todo en el breve periodo de diez años, y obra de cinco escritores, que, exceptuados los dos jesuitas expulsos, ni se conocieron ni se trataron. Así nos compensó el decreto de expatriación la pérdida que irrogaba a nuestra literatura histórica, arrebatando al padre Alegre la pluma que en aquellos momentos daba fin a la *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, crónica nacional más que monástica, e inapreciable como monumento histórico, por las exquisitas noticias que contiene, y cuyas fuentes en la mayor parte están perdidas.



La exuberancia suele ser un precursor de la miseria, y para colmo de desgracias, ni aun de aquélla pudimos aprovecharnos; porque la Inquisición inscribió la historia de Robertson en su tremendo índice expurgatorio; el gobierno español no permitió a Clavijero publicar la suya en castellano, y las restantes, excepto el *Diccionario* de Alcedo, quedaron sepultadas en el olvido, hasta los años de 1836 y 41, en que después de más de medio siglo de escritas, vieron la luz por la vez primera. Esto aseguró al implacable don Antonio de Solís en la quieta y pacífica posesión centenaria que disfrutaba de engañar al mundo, y su historia continuó imperando sin rival hasta la época de nuestra emancipación política, en que Clavijero recobró su lengua materna, y Robertson habló el castellano.

Durante este largo interregno ninguna pluma apareció para limar sus ensayos, ni fueron muchas tampoco las que, como la del canónigo Escoiquiz, la empuñarían siquiera para desperfeccionarlos; nuestra historia continuó estacionaria y muda, y los lectores vagaban según su genio o inclinación, de los cuentos dorados de Solís a las severas sentencias de Robertson, tomando unos y otros, como tercero en sus discordias, la entrabada pluma de Clavijero, que no dejó de sembrar muchas verdades en el curso de su tímida carrera. El último año de esa venturosa década, en 17 de julio de 1779, el gobierno español pensó en la restauración de nuestra historia, quizá para justificar la proscripción de las de Robertson y Clavijero, confiando tan delicado encargo a la bien cortada pluma de don Juan B. Muñoz; pero la muerte la destrozó en sus dedos, cuando apenas comenzaba, y luego el soplo de la revolución dispersó sus materiales hasta países extranjeros.

Más dichoso, aunque no para la gloria de México, el ramo de sus antigüedades, apenas desflorado por Boturini, cuyo aniversario secular debiera celebrarse en este año,<sup>1</sup> obtuvo al fin del siglo particular protección en las sabias tareas del jesuita Fábrega,<sup>2</sup> que aprovechó Zoega para embellecer su famoso tratado *De origine et usu obeliscorum*. Hacia el mismo tiempo (en 1790), nuestro sabio don Antonio de León y Gama emprendía la primera y única investigación rigurosamente arqueológica que pueda reclamar México como de su propiedad, en la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras descubiertas en la plaza principal de esta ciudad*, hoy conservadas la una al pie de la torre de la catedral y las otras en el Museo. A principios de este siglo dispuso el gobierno español la célebre expedición del capitán don Guillermo Dupaix, para el reconocimiento de los monumentos esparcidos desde esta ciudad hasta Palenque, y cuyos preciosos dibujos y relaciones, después de treinta años de olvido bajo el polvo de nuestros archivos, fueron llevados a Francia para darse a luz por los desvelos de los señores Baradere y Saint-

<sup>1</sup> Su ensayo histórico se imprimió en 1746.

<sup>2</sup> El barón de Humboldt dice que era originario de México, y que escribió una interpretación de las pinturas mexicanas conservadas en el *Códice borgiano*, cuyo manuscrito existe inédito en Veletri. Es bien sensible que nuestras costosas legaciones en Europa no hayan servido al país ni aun para sacar copias de sus monumentos históricos.



Priest, que han enriquecido la literatura con la magnífica colección de las *Antigüedades mexicanas*. En ese mismo tiempo (1803), el ilustre barón de Humboldt viajaba por México, recogiendo los materiales de sus preciosos datos históricos, geográficos y estadísticos, debiendo a su pluma, entre otros muchos beneficios, las *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América*, que derramando torrentes de ciencia y de luz sobre nuestras antigüedades y las de los otros pueblos, tuvo la virtud de despertar la curiosidad y el interés del mundo literario, preparando así la ejecución de una empresa colosal, que en juicio del mismo noble barón, sólo podía consumarse bajo la protección de un gobierno rico e ilustrado. Un noble inglés, la acometió y llevó al cabo sin ajena ayuda, no solamente abriendo sus arcas con generosidad inaudita, para enriquecer las letras con la producción tipográfica más espléndida y laboriosa que han producido las prensas desde Guttemberg, sino consagrando también sus talentos y vigiliias a la explicación de los monumentos contenidos en su inestimable *Colección de las antigüedades de México*, compuesta de facsímiles de las pinturas y jeroglíficos mexicanos conservados en la bibliotecas nacionales de París, Berlín, Dresde, Viena, Roma, Bolonia, Oxford y de algunas particulares, sin olvidar aun los trabajos del capitán Dupaix. Esta empresa colosal que adjudica al Lord Kingsborough el título de restaurador de nuestras antigüedades, ha llenado el vacío que extrañaban sus investigadores, quienes con ese auxilio y con el que en los últimos años nos han dado Stephens en sus *Viajes a Guatemala, Chiapas y Yucatán* y las magníficas *Vistas de sus monumentos* que ha publicado el maestro pincel de Catherwood, nada otra cosa se espera ni se desea más que el apareamiento del genio que debe ceñir la gloria de desembrollar ese caos revelándonos sus misterios.

Mientras que la arqueología mexicana marchaba así con pasos de gigante, hallando simpatías hasta en los últimos y helados confines de la Europa, dando ser a sociedades literarias presididas por soberanos que enumeran entre sus socios reyes y príncipes que alternan con los primeros sabios del mundo;<sup>3</sup> en fin, mientras que el interés de su estudio llegaba al punto de pensarse en enviar una expedición científica que estudiara nuestros monumentos en su propio suelo, la parte civil de nuestra historia moría de languidez, debatiéndose dentro de la estrecha prisión en que de siglo y medio atrás la tenía encerrada la pluma de don Antonio de Solís. Un español refugiado en Londres y nuestro infatigable y benemérito investigador don Carlos María de Bustamente acometieron simultáneamente la obra de su regeneración, aquél devolviendo a su patria al proscrito Clavijero, y el segundo apresurán-

<sup>3</sup> La Sociedad Real de Anticuarios del Norte, establecida en Copenhague, cuenta entre sus socios, según una nómina que tengo a la vista, a los emperadores de Rusia y del Brasil, los reyes de Dinamarca, Prusia, Cerdeña y Países Bajos; muchos príncipes soberanos y los presidentes de algunas de las otras repúblicas americanas. En el congreso científico de 1839 se presentaron varias obras sobre las antigüedades americanas, escritas por ciudadanos de los Estados Unidos. Parece que al año de instalada (en 1841) contaba con un fondo permanente de diecinueve mil pesos.





dose a salvar de la destrucción del polvo o del olvido, los ricos tesoros escondidos en los escritos inéditos de Chimalpain, Gama, Ixtlilxóchitl y los padres Sahagún, Cavo, Vega, Alegre y otros, que aunque no pueden ser calificadas de acabadas y perfectas historias, son sin duda monumentos inapreciables que nadie podrá dejar de consultar para escribirla. En este medio tiempo los trabajos de Veytia vieron la luz por la diligencia de don Francisco Ortega, y así, aunque México pudo decir que ya tenía acopiados todos los materiales más indispensables para restaurar su historia, todavía le faltaba un inmenso trecho, el más difícil y escabroso, que recorrer para consumir la obra, y nada hacía tampoco concebir la esperanza de que México tuviera la dicha de conmemorar en su suelo el glorioso aniversario secular del siglo de oro de su historia. Esa dicha, aunque reservada a la América, lo estaba a otro Guillermo, también descendiente de la raza que primero hizo justicia a la nuestra, cual si por este medio quisiera hacerle una débil compensación de los crueles agravios y de los imponderables males, que para eterna desgracia de ambas razas, desbordaban sobre la nuestra sus injustos y despiadados compatriotas.

El señor W. Prescott ha publicado en 1843, después de un interregno histórico de sesenta y tres años, la tan suspirada *Historia de la conquista de México*, que elevándolo a la derecha del solio ocupado por Clavijero, nos presenta en ambos al *Romulus* y al *Tacitus* de nuestra literatura histórica; los dos partiendo su imperio, así como en nuestros días los hemos visto disputarse el patrocinio de los suscriptores de sus obras. Ellos imperarán en nuestro suelo, sin que por muchos años deban temer al César que ha de elevar su asiento entre los suyos.

Aunque el plan y el pensamiento de ambos autores sea uno mismo, el tema o asunto principal del señor Prescott es la conquista de México, cuyo cuadro encabeza con la más brillante, completa y acabada sinopsis que el mejor ingenio pudiera formar de la historia antigua, para dar a conocer el estado físico, intelectual y moral que guardaba la raza americana al tiempo de su descubrimiento. En él se encuentra admirablemente resumida la primera mitad de los vastos y difíciles trabajos de Clavijero, que mientras no sean mejorados, lo conservarán en la quieta y pacífica posesión del trono de nuestra historia antigua. En el resto de la obra, modelo perfecto de orden, de claridad, de filosofía y monumento auténtico de la infatigable diligencia y laboriosidad del autor, se contiene la relación de los sucesos de la conquista, con que a su vez ha conquistado el señor Prescott el trono de nuestra historia moderna, que bien podíamos llamar de nuestra media edad. La alta y noble misión que el autor se propuso desempeñar al escribirla, fue hacer a los vencedores y a los vencidos la imparcial y severa justicia que no habían obtenido ni podían esperar de la interesada pluma de Solís, ni de la perseguida y oprimida de Clavijero. El historiador americano la ha desempeñado, en lo general, no sólo con acierto, sino con una tal belleza y lujo de ideas y de lenguaje, y con una diligencia tan rara en la investigación y acopio de noticias inéditas e interesantes,



que difícilmente podrá ser mejorada su obra en esta parte. Lo mismo digo del útil e ímprobo trabajo que se ha tomado en la citación de las fuentes donde ha bebido sus noticias; con lo cual no solamente se ha puesto a cubierto de toda imputación maliciosa, sino que descubriendo enteramente el pecho a los tiros de la crítica, se manifiesta como uno de aquellos campeones de los tiempos heroicos, que parte con su adversario sus armas de ataque y de defensa; o bien cual el artífice que, confiando en su solo genio, abandona a otro sus instrumentos, sus materiales y sus secretos para que iguale o mejore, si puede, sus obras.

El que ha hecho plena justicia a un escritor y recomienda el mérito de sus escritos, tiene el derecho para manifestar sus desacuerdos, especialmente cuando así lo demanda el interés en general de la literatura y el particular de su obra misma. La del señor Prescott, que, como he dicho, es lo mejor que poseemos en el ramo de historia moderna, no puede considerarse del todo exenta de censuras, ni en esta su parte principal, ni en el brillante cuadro que ha trazado de la historia antigua. Tres son las flaquezas que han deslizado la pluma del autor y que, atendidos su naturaleza y origen, serán harto difíciles de calificar y de censurar: el uso, no siempre moderado, que ha hecho de las reglas de la crítica; el desapego instintivo de raza, que luchando contra sus nobles y concienzudos esfuerzos, suele alcanzar a veces sus victorias; en fin, la exaltación de su entusiasmo por Hernán Cortés, que sin embargo no hay valor para reprimir. Tales son, en mi juicio, los afectos que, influyendo de una manera inapercibida aunque constante, en el ánimo y mente del autor, dan a su historia un cierto tinte, que aunque no me atreveré a calificar de hostil, sí diré que no es para dejarnos lisonjeados; bien que él haya repartiéndolo por toda su obra con tal uniformidad y aun lisura, que ciertamente en esa misma uniformidad, auxiliada por la rara diligencia que ha puesto para actuarnos en las fuentes de sus noticias, lleva consigo el correctivo. Una vez discernido por el lector este afeite ya puede recorrer su historia sin desconfianza, seguro de que lee una fiel y verídica relación de los sucesos de la conquista, pues el autor ha sido tan sincero, que conservando a los objetos sus propias y naturales formas, solamente ha usado del derecho, que todo historiador tiene, para vestirlos o desnudarlos según su mérito, para ver las cosas con sus propios ojos, y para juzgarlas por sus convicciones. El historiador no es solamente juez inexorable, pues el genio de la historia también le permite ser patrono elocuente y florido pintor de las escenas que retrate, bien que poniéndole en todo caso por cotos la incolumidad de la verdad.

Yo sé que esto es muy fácil de decir, pero que ofrece infinitas y muy graves dificultades para ejecutarse, porque el interés, el descuido, o la pasión que ordinariamente presiden en la redacción de los documentos que forman los materiales de la historia, raras veces presentan desnuda la verdad, siendo muy común que el redactor los escriba con el designio de desfigurarla; mas aquí es precisamente donde debe lucir el talento, ejercitarse la ciencia y probarse la rectitud del historiador, pues

que acumulando en su persona las funciones, hasta cierto punto incompatibles, de relator, de patrono y de juez, se le exige que narre con fidelidad, que defienda con conciencia, que falle sin prevención, sometiéndose a las leyes de la historia, que le mandan no decir nada falso, no callar lo que es verdadero y evitar aun la sospecha de odio o de favor.<sup>4</sup> ¿Y cómo desempeñar cumplidamente este encargo, cuando las pruebas destinadas a formar el criterio divagan y se contradicen? Como lo desempeña un juez, a quien jamás la verdad se presenta en su sencillo traje; apelando a la lógica judicial, o lo que es lo mismo, siguiendo los severos principios de la sana crítica; que así como es un terrible escollo para los zurcidores de patrañas, también es un crisol de donde el historiador sale radiante. Cuando el juez no puede discernir la verdad, la ley y la razón le mandan seguir la verosimilitud, que, dicho sea de paso, es ordinariamente la verdad de la historia.

El señor Prescott, más que ninguno otro de los historiadores de América, ha hecho mayor y mejor uso de las reglas de la crítica; pero también ha incurrido en terribles flaquezas, las unas por exceso y las otras por defecto, emanadas ambas principalmente del último de los influjos que he notado; de su inmoderado entusiasmo por Cortés, no poco reforzado por el desapego de raza. Es interesante para el estudio de la filosofía racional, y aun para entretener la imaginación, el ver cómo el autor se encastilla en las reglas de la crítica para establecer algún hecho o para batir otro que repugna, lanzando torrentes de elocuencia y de saber sobre los que intentan disputarle su adquisición o propiedad. Muestras más o menos brillantes de su pericia tenemos en las defensas de los cincuenta tlaxcaltecas mutilados, en los asesinatos de Xicotencal, Cuauhpopoca, Cacamatzin, etcétera, y sobre todo, en la del espantoso degüello de los cholultecas por la cual tendrá derecho a que se adjudique la palma conquistada por el jefe de la *retirada de los diez mil*. Así también otras veces desciende tanto, tanto, que uno se siente verdaderamente mortificado al verlo convertido, sin justicia ni razón, en campeón denodado de Cortés. No es raro tampoco que el autor dé un hecho por establecido, bajo la sola palabra del conquistador, arrostrando con testimonios que nadie tendría ánimo para despreciar, o alegando razones tan candorosas como la de que Cortés, mejor que cualquier otro, debía estar bien impuesto en los hechos que refería: buena razón en ciertos casos, pero inadmisibles en todos aquellos en que el afirmante pueda tener un interés en ser creído. Lo particular es que ése tan formidable Aquiles, que se ha reputado bastante poderoso para descargar la conciencia de Cortés de graves culpas, tales como las multiplicadas carnicerías ejecutadas por su ejército, atribuidas íntegramente a los aliados, sea del todo ineficaz para probar *contra producentem*, pues no se llega a ver que las cartas dirigidas a Carlos V prueben jamás contra su autor, a la vez que sí se hallan citadas para informar muy graves testi-

<sup>4</sup> “*Nam quis nescit, primam esse historice legem, ne quid falsi dicere, audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiae sit in scribendo? ne qua simultatis?*”, cicerón, *De oratore*, II, 15.



monios, entresacándose de ellas palabras que nada dicen, como se ve en el suceso relativo a la destrucción de las naves.

En éstos y otros puntos, que herían ciertas fibras muy delicadas, el historiador ha tenido sus flaquezas, manifestándose formado de nuestro común y frágil barro; pero como hombre de genio y panegirista pródigo, ha sabido también conquistarse una más difícil y por lo mismo más esplendente corona. Es verdad que el señor Prescott no se ha despojado enteramente de sus afectos; mas tampoco puede imputársele que haya dádoles vuelo con agravio ajeno. Contemplándolos hasta donde lo permitían los derechos de tercero y las licencias de la historia, las aprovechó, no para sacrificar su verdad, sino para suavizar la crudeza de sus colores; para dar toques de luz a algunos objetos y pasar delicadas sombras sobre otros; para correr un ligero y púdico cendal sobre ciertas verdades que podrían desgraciar el cuadro ostentándose en vivas carnes, y para realzar sobre todo la colosal figura del grande conquistador, colocada en primer término. Esto es lo que ha hecho el señor Prescott, y un tal ardid de artista, que admiro y no repruebo, debe ser del todo indiferente a cualquiera que busque en la historia otra cosa más sustancial que esos gérmenes deletéreos que inhumanamente se lanzan de tiempo en tiempo a nuestra ya pestilente atmósfera; gérmenes que podridos y pulverizados por los trescientos años que han pasado sobre el polvo que los nutrió solamente deberían servir para las útiles enseñanzas de la historia, y nada para el alimento de pasiones vengativas y rencorosas.

Hay en la historia del señor Prescott otra especie de deslices críticos, que no tienen relación alguna con las causas de que en mi juicio proceden los notados, siendo además muy probable que toda la razón esté por su parte, y que la equivocación sea mía. Hablo del juicio que emite sobre la autenticidad y valor de nuestras fuentes históricas, y del que ha formado sobre el carácter intelectual y moral de los pueblos americanos, en su relación con la práctica de los sacrificios humanos y costumbres antropófagas. Bien que en esta última parte no dejan de vislumbrarse algunas prevenciones, sin embargo, la cuestión en lo general debe considerarse como una de aquellas rigurosamente científicas y filosóficas, en que es permitido formar una opinión contraria, sin mengua ni agravio del autor a quien se combate. En tal virtud mis objeciones deben estimarse como una simple apelación al mundo literario, y aun al mismo autor, mejor instruido.

Aunque la antipatía de raza, segunda de las flaquezas que me ha parecido descubrir en el historiador, domine en toda su obra, dándole un tinte tan perceptible que sólo puede escapar a un ojo enteramente imperito, los mexicanos no tienen derecho para quejarse de una rigurosa denegación de justicia, aunque sí podían reclamar que no se le hiciera tan completa como a sus competidores, en cuyo favor ciertamente se han fallado todas las cuestiones *pro amico*. Aquí el desdén de raza se manifiesta sin embozo y sin doblez hasta en despreciables menudencias. El señor Prescott ha empuñado la pluma para escribir la historia de *bárbaros*; palabra

que, alternada con la de *salvajes*, campea en todo el curso de la historia, escoltada por otras del mismo temple. Siendo un ejército de *bárbaros* el que luchaba contra los invasores, sus gritos de guerra no podían tener la misma denominación que los de un pueblo culto; por consiguiente, los mexicanos lanzaban *aullidos*, y sus ejércitos por lo común no se *replegaban* ni *retiraban*, sino que *huían*. La fuerza misma del lenguaje técnico exigía también que su indomable valor se apellidara *furor rabioso*, y que aquellos innumerables y estupendos ejemplos, raros en la historia del mundo, que presentaron de abnegación y de heroísmo, se explicaran, no como una inmolación voluntaria inspirada por el santo fuego de la libertad y de la patria, sino como el brutal efecto del encono, del odio y de una ferocidad irracional. En fin, tampoco es extraño que el grande historiador abaje su majestuoso vuelo hasta el polvo de fútiles reparos, reservados a los dengues y melindres femeniles, para divertirse en medir la melodía o aspereza de ciertas palabras o vocablos mexicanos; punto sobre el cual, dicho sea sin agravio, no puede ser juez muy competente el oído acostumbrado a armonías como las del *yankee doodle*.

Pero dejando a un lado estas bagatelas, que nada importan a la esencia de la historia y que descartará todo el que sepa llamar las cosas por su propio nombre, pasemos a otro punto en que el historiador se ha tomado más libertades y ensanches de los que aquélla permite. El burlón que pensó corregir el fanatismo de los biógrafos, de los traductores y de los glosistas pintándolos postrados y rindiendo un culto de adoración ante la efigie de su héroe o de su autor favorito, nos ha dado en su caricatura dos lecciones que no deben olvidarse: por la una nos enseña todo lo difícil que es a un escritor sobreponerse a sus afectos; y con la otra nos previene a acoger indulgentes sus expansiones. No hay duda en que el señor Prescott se manifiesta constantemente apasionado a Cortés, y que la colosal imagen del conquistador, nunca apartada de su memoria, dominaba las inspiraciones de su mente, así como dirigía la pluma que eternizaba su memoria.<sup>5</sup> Sin embargo, esa misma verdad y justicia reclaman se diga, que aunque haya despojándolo de la crueldad de carácter que manifestó en todas ocasiones,<sup>6</sup> y lo engalanó con la espuela, que en mi juicio no alcanzó, de cumplido caballero de la cruz, el historiador no ha escrito su historia de rodillas, y sí ha menguado muy considerablemente

<sup>5</sup> El señor Prescott da fin a sus trabajos con las siguientes palabras: “La historia de la conquista es, como ya lo he hecho notar, la de Cortés, que fue, por decirlo así, no sólo el alma, sino aun el cuerpo de aquella empresa, pues en todas partes estuvo presente” (vol. II, p. 369).

<sup>6</sup> La delectación morosa con que Cortés recordaba, en sus cartas a Carlos V, las matanzas en que había tomado parte, no serían las más a propósito para adjudicarle la aureola beatífica de héroe de la humanidad. Fue *muy hermosa cosa*, dice hablando de la carnicería que hizo en una *sorpresa* que dio a los mexicanos, prosiguiendo el alcance “cerca de dos leguas, todas llanas como la palma”. *Hermosa victoria* llama a la que obtuvo en el asalto del Peñol, “defendido por muchos combatientes”, y de los cuales “ninguno se escapó”, excepto las mujeres y niños. A la vuelta de la foja dice que *era la cosa del mundo más para ver*, las “infinitas” canoas que echaron a pique, y “los muchos enemigos que mataron y ahogaron” durante un alcance de “tres leguas grandes”. (Carta 3ª de Cortés en Lorenzana, §§ XIV y XXIV, pp. 212, 241, 242 y *passim*.)



las luces del monumento que le encendió don Antonio Solís. El defecto único que se le puede notar no es el de haber exaltado los hechos y las calidades de aquel hombre, verdaderamente extraordinario y grande, ni menos el que haya apurado su diligencia para esclarecer y aumentar las noticias de sus acciones: en lo primero usaba de su derecho y hacía justicia sin ofensa de nadie, y en lo segundo prestaba un importante y precioso servicio a la historia. Su defecto no está en no haber hecho ni lo uno ni lo otro por completo, pues que habiendo ofrecido una historia, y no una biografía, la justicia y su programa demandaban que no pasara tan de largo por sobre las espantosas carnicerías de Tepeaca y de Pánuco; que no dejara envueltos en tinieblas el asesinato de Xicotencal, el tormento de Cuauhtemotzin, la muerte de Garay, y exijan también que hubiera empleado siquiera una centésima parte de la inflexible crítica con que examinó otros muchos puntos menos graves de nuestra historia, al escribir el sangriento episodio de Cholula, obra exclusiva de una insidiosa y páfida política, que jamás por jamás podrá justificarse ante el tribunal de la razón ni de la ley. En fin, la historia, que también le disimularía guardara silencio cuando la justicia exigiera un fallo improbatario, no le puede perdonar que oscurezca o disculpe atentados tan horribles como los que hicieron sus víctimas a los llamados espías tlaxcaltecas, a Xicotencal, a Quauhtemot y a otros, en cuyas defensas, salvos mis respetos, el señor Prescott solamente ha conseguido dejarnos una relevante prueba de su talento, y un testimonio irrefragable de los inmensos recursos que pueden sacarse de la ciencia para abonar una mala causa cuando ésta se pone en manos de un hábil y ardoroso defensor.

Todo esto quiere decir que ni la historia general de la conquista, ni la particular del conquistador están completas; y dice todavía más, que tal empresa solamente podría llevarse cumplidamente al cabo por una pluma filosófica que sintiera correr en sus venas, mezclada y con tranquilo curso, la sangre de los conquistadores y de los conquistados; por uno, en fin, que discurriendo sin odio y sin desdén, los llame a un juicio de familia, teniendo presente que va a hacer justicia entre sus progenitores. Entonces y solamente entonces, podremos concebir esperanzas de tener una completa, imparcial y fiel historia de la conquista, que nada nos deje que desear por el lado de la integridad, que nada nos haga sentir por el lenguaje apasionado o desdeñoso del historiador. No será, por supuesto, de entre las generaciones presentes desprovistas de los medios necesarios y dominadas aún por las mezquinas pasioncillas que el severo buril de la historia desprecia y repele, de donde salga el genio que ha de dar cima a tan ardua y gloriosa empresa. Todavía yacen sepultados en los archivos de ambos mundos numerosos monumentos que es necesario consultar, y ni aun siquiera poseemos, como los otros pueblos cultos, una colección regular de fuentes históricas. Por aquí debemos comenzar si es que aspiramos a la gloria de ver salir de nuestro país esa suspirada historia persuadiéndonos de que nuestra única misión es acumular materiales, salvando con imparcialidad y buena fe, de la destrucción y del olvido, cuanto pueda serle útil; es decir, no libran-



do solamente aquello que pueda lisonjearnos, sino todo lo que pertenezca, aunque choque con nuestras convicciones y afectos. No es raro, pero qué digo raro, es muy frecuente en la historia que un documento al parecer adverso a la buena fama de un grande hombre, venga a ceñirle la aureola que le arrancarí o eclipsaría otro, al parecer formado para erigirle su apoteosis. Dígalo, si no, el juicio tan diverso que puede formarse de Cortés, según sean los documentos que se consulten, para estimar su conducta en el caso del incendio de la flota. Los españoles, sacudiendo antiguas y mezquinas preocupaciones, han dado ya principio a esta obra de regeneración, así como un testimonio irrefragable de sensatez y buena fe, en la ilustrada protección que dispensó su gobierno al infatigable y benemérito don Martín Fernández Navarrete y a sus socios los señores Salva y Sains de Baranda, para la publicación de los interesantes y curiosos documentos inéditos relativos a la historia de España y a los viajes marítimos de los españoles. México, que aunque indolente y descuidado en la conservación de sus archivos, aún posee ricos y preciosos tesoros, ¿se quedará atrás y con nada ayudará a estos esfuerzos de interés y gloria comunes para ambos pueblos? ¡Tiempo es ya de que sacudamos ese egoísmo imprevisor, que en política, en literatura y aun en las más pequeñas menudencias de la vida doméstica, nos mantiene estacionarios, porque únicamente pensamos en el pan de cada día, porque nada queremos hacer en favor de las generaciones venideras!

Al tomar mis apuntes de la historia del señor Prescott, me había propuesto rectificar y suplir por una serie sucesiva de notas, las inadvertencias y omisiones que me parecía descubrir; no con el designio, ciertamente inasequible, de restaurarla, sino más bien con el de preparar el camino a su restauración, señalando sus escollos; pero un rasgo de debilidad hizo abortar mi plan, que después varias circunstancias acabaron de desgraciar. Las amistosas instancias del editor, que abundando en mis ideas veía con no poco sentimiento trabajar sus prensas para reproducir, tan considerablemente mejorada y embellecida, una obra que por el lado de la equidad y de la justicia atributriz nos dejaba algo que desear, me determinarían a hacer el sacrificio, no solamente de mi plan sino también del amor propio de autor, consintiendo en entresacar algunas notas de mis apostillas y en improvisar su redacción, para que se acumularan al fin de la obra, cuya edición estaba casi concluida.

Reducido así a límites tan estrechos, comencé por donde creo que habría comenzado cualquier otro investigador, especialmente si era mexicano; por defender la autenticidad y valor de las fuentes históricas de su país, y por vindicar la memoria de sus aborígenes, ambas maltratadas en el juicio que ha formado del mérito de las primeras y en el influjo que atribuye a los sacrificios humanos y a la antropofagia sobre el carácter intelectual y moral de los segundos. El asunto era interesante y curioso, pero difícil; la mies, sabrosa y abundante, mas era necesario cosecharla en un campo vasto y dilatado, que no carecía de escollos ni de espinas.



Ese punto, y el relativo a la estimación de la antigua moneda, conocida solamente en las Américas bajo la denominación de *peso de oro*, fueron para mí un verdadero escollo, pues que en él vino a estrellarse el último y mezquino plan que me había propuesto. Consultando más a mi entusiasmo que a mis fuerzas, y sin tomar en cuenta ni el tiempo, ni los elementos, ni los medios disponibles para llevar a cabo mi programa, me entré en los abismos y sinuosidades que era necesario recorrer para escribir mis dos primeras notas, y reducir a su última expresión el asunto de la séptima, en cuyo esfuerzo consumí la mayor parte del tiempo, destinado al desempeño de aquél, sobreviniendo además otros compromisos que al editor y a mí nos obligaban a dar un pronto fin a la obra, y que por consiguiente me sujetaron a escribir bajo el yugo de la impaciente actividad del cajista. Midiendo entonces mis trabajos por mi tiempo y medios disponibles me limité a meras rectificaciones de hecho, y a simples correcciones que no exigieran grandes desarrollos, dejando algo más que en el tintero, es decir, ya enteramente concluidos o preparados algunos trabajos de no pequeño interés, tales como un examen crítico de las verdaderas causas que determinaron la espantosa matanza de Cholula, y una disquisición sobre la influencia decisiva que tuvo en los prósperos y estupendamente fáciles sucesos de la conquista, la creencia supersticiosa propagada en todos los pueblos americanos con respecto a los derechos soberanos, y esperando el retorno del misterioso Quetzalcohuatl.<sup>7</sup> Éstos y otras apostillas que no podían ya caber en las escasas dimensiones de mi cuadro se quedaron en mi carpeta, corriendo la misma suerte algunos documentos raros o inéditos, tales como la famosa fórmula de requerimiento redactada por el doctor Palacios, los cantares de Netzahualcoyotl, la relación del tormento y suplicio del rey de Michoacán, el proceso instruido a Cortés por la muerte de su primera mujer, y así de otros que exigían más tiempo del que podía disponer el editor, y del que pudiera tolerar la impaciente ansiedad de los suscriptores. Quizá un poco más adelante, y trabajando en el retiro y desahogo de la vida privada, podré devolver al público, en menos mala forma, aquellas y otras noticias que le pertenecen.

<sup>7</sup> Luego que supo Moctezuma la llegada de Cortés a Veracruz, le envió una solemne embajada, no para conquistarse el efecto de un huésped desconocido y terrible, sino para jurarle pleito homenaje y entregarle el cetro del imperio como a su soberano y señor, que según las más antiguas y venerables tradiciones debía volver dentro de cierto tiempo a encargarse del gobierno de estas naciones. Los embajadores llevaban sus vestiduras y arreos, con las cuales el hábil conquistador se dejó engalanar, acomodándose de muy buena voluntad a representar el papel de Quetzalcohuatl, cuyo ardid de luego a luego le abrió las puertas del imperio, penetrando sin obstáculo por parte de los mexicanos. Es de sentirse que la brillante y graciosa pluma del señor Prescott haya pasado en silencio este episodio, que tanto se prestaba para lo sublime y aun para lo cómico, y con el cual un talento filosófico nos podría explicar cómo las creencias supersticiosas que tantas veces han ayudado a los pueblos para salvar su libertad, fueron para los mexicanos un instrumento de ruina que les hizo perder aun su independencia y nacionalidad. Yo aconsejo al lector que eche una ojeada sobre los capítulos IV y V de la *Relación de la conquista de Nueva-España*, escrita por el padre Sahagún, donde se encuentran los pormenores de este interesante y curioso incidente.





Los ilustrados esfuerzos y exquisito empeño que ha puesto el editor para reproducir la obra del señor Prescott, no sólo engalanada con todos los adornos y atavíos de que podía disponer la prensa mexicana en el actual estado de sus conocimientos tipográficos y litográficos, sino también positivamente mejorada con la publicación de monumentos históricos raros, o inéditos, sacados de las antiguas pinturas mexicanas, me decidieron a tomar una pequeña parte en los interesantes trabajos del señor Gondra, a cuya acreditada capacidad e inteligencia se encomendó la elucidación de aquéllos. Al efecto escogí unas lápidas depositadas en el Museo Nacional, cuya interpretación va al fin de las notas, formando el complemento de mis trabajos. La novedad y dificultad de la materia exigía investigaciones que no era posible improvisar, y habiéndose consumido en ella lo que al editor y a mí nos quedaba de tiempo, y a los suscriptores de paciencia, fue necesario ya fijar el *hasta aquí*, no como quien finaliza, sino como quien da el último corte a la aventura.

Afortunadamente esos defectos han caído en un trabajo de supererogación que ni exigía ni permitía una perfecta coherencia; quedan por lo mismo intactos el mérito intrínseco y extrínseco de la obra; aquél, en la incolumidad del pensamiento del autor que se ha procurado conservar en la traducción; el otro en el lujo y limpieza de la edición que el señor Cumplido ha mejorado y embellecido con las numerosas y escogidas estampas que la exornan. El esmero y el empeño con que ha trabajado la prensa mexicana para inmortalizar por su parte y nacionalizar los escritos del señor Prescott, y la cordial acogida que han encontrado en mis compatriotas,<sup>8</sup> convencerán al autor y al mundo entero de que México ha sabido estimar en todo su valor el rico presente que ha hecho a la literatura y a la historia americana; estimación por otra parte muy justa y merecida, sin que en nada puedan rebajar su mérito intrínseco las tachas y lagunas que en él se noten. Éstas, como ya he dicho, solamente prueban una cosa, y es que todavía no poseemos completa la historia de la conquista ni la del conquistador, lo cual nada tiene de particular en literatura, ni menos se extraña en el nuevo giro que han tomado los estudios históricos. Hoy las viejas naciones de Europa, cual si no poseyeran sus historias a centenadas y bajo cuantas formas pueden inventarse para escribirlas, todavía las juzgan imperfectas y aun incompletas, a pesar de que muchos siglos ha pertenecen al dominio del público las voluminosas colecciones de sus fuentes. Este impulso generador que ha enriquecido las letras con las producciones de Ranke, Thierry, Guizot, Barante, Sismondi, Müller, Capecigue, etcétera, nos prueba en ellas, y sobre todo con la tan antigua como trillada historia de Roma, restaurada últimamente por Niebuhr, que en ese ramo nos queda todavía mucho que enmendar, mucho que suplir, supuesto siempre el acierto en la elección del plan; y también

<sup>8</sup> La historia del señor Prescott se ha impreso en México a competencia, y compitiendo también con una nueva edición de la de Clavijero, encontrando sus editores bastante favor en los mexicanos para llevar su empresa al cabo.



nos prueba, que no siendo quizá posible llegar al término de la perfección absoluta, aquella historia tendrá derecho de llamarse perfecta y completa, que más se aproxime al tipo ideal del complemento y perfección.

En esta categoría deben colocarse muchas de las que hoy se presentan como modelos, y entre ellas ocupará un lugar distinguido la del señor Prescott; quien, además, ha dejado trazado en la suya el plan de que no podrá separarse, sin graves riesgos, el genio a quien la suerte depare la gloria de dar a su obra la última mano de perfección. El único y más formal inconveniente que podría ofrecer su lectura a la incolumidad de la verdad histórica y a la rígida distribución de la justicia expletriz y atributriz, procede esencialmente de los tres afectos que he notado en el autor como flaquezas, y que por decir así forman el pecado original de la obra; pero que una vez conocido y estimado, no opone ya dificultad alguna a la perfecta inteligencia y justa apreciación de los hechos, a la vez que facilita al lector la clave con cuya ayuda puede rectificar y aun suplir lo que sería imposible, obtener por medio de notas o apostillas.

Al dar punto a las mías con este breve ensayo crítico de la excelente historia del señor Prescott, uno solo, y tan cordial como ferviente voto, me queda por hacer, y es que el autor no vea un designio hostil en la idea que lo ha inspirado, que tolere indulgente los deslices de la pluma que lo ha escrito, y que lo acepte como una muestra de alto precio que para mí tiene su obra, y como un testimonio del respeto muy debido a sus opiniones. El señor Prescott sabe que nadie piensa en defenderse cuando se cree invulnerable, o nada tiene que temer de los ataques que se le dirijan.

México, octubre 21 de 1896



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS